

## FINALISTA ESTATAL



### SIN TÍTULO

Laura Requeiro Romero  
**Colegio Manuel Peleteiro (Galicia)**

El olor fuerte y cálido del óleo, el calor suave de la acuarela, el sonido del pincel deslizándose por la lámina... Casi puedo volver a sentirlo.

El taller de mi madre.

Ese lugar de ensueño en el que los colores tomaban forma y sobre el papel se iban perfilando los paisajes de toda una vida, vivida y por vivir.

Ese lugar donde los sueños se entremezclaban con la realidad y la propia sabiduría de la artista se reflejaba en una imagen que podía decir mil cosas a algunos y a otros nada.

Y es que yo había crecido allí, en medio de ese vaivén de colores, pinceles y cuadros. Era allí donde durante mi infancia había adquirido todo el saber de ahora, un saber acrecentado por la experiencia. Pues como ella decía: “El antes siempre acaba formando parte del después”. Y ese después poco a poco iba desapareciendo de su rostro, algo más fuerte se la llevaba con ella.

Cuando ya se alejaba de mí, volvió sus ojos y clavó su pupila en la mía y con voz débil pero decidida susurró:

-Cuídate. La pintora puede dar contigo, dispone de una lupa increíble.

Fue así como se fue la pintora, como se fue mi madre, con una sonrisa en la cara, dejándome una lágrima asomando a mis ojos y a mi dulce hermanita en mis brazos con cara de desconcierto.

Su última frase fue mi constante en la vida, ahora que sabía que me estaría vigilando con lupa desde donde se encontrase. También una certeza se instaló en mi mente, la pequeña Susi a sus dos años no iba a comprender que su madre se hubiera ido para siempre; por lo que tendría que mantener de alguna forma viva la ilusión de que regresaría hasta poder contárselo. Era irónico que al final los que regresásemos a ella fuésemos nosotros.

Así transcurrieron los años, la pequeña Susi creía que su madre estaba en un viaje por el cielo, entre las nubes; era inevitable que cada vez que viese un avión surcar el cielo gritase: “¡Mamá, mamá!”.

Fue una noche cuando me dirigía a su habitación cuando la vi sentada en la alfombra pegada a la ventana observando con extrema curiosidad el cielo nocturno en el que, como si de un lienzo se tratara, comenzaban a dibujarse estrellas puras y brillantes contra la oscuridad de la noche.

Me acerqué a ella y me arrodillé para preguntarle qué ocurría. Ella, con toda la inocencia de la que puede dotarse a un infante contestó:

-Es que tú me dijiste que mamá estaba en un viaje por el cielo y yo no la veo.

En ese justo momento no sabía si reír o llorar, pero esa noche no concilié el sueño tratando de buscar la respuesta adecuada para la ocurrencia de mi hermana.

Cuando el sol comenzaba a asomar entre las colinas, y la luz de un nuevo día, de un amanecer, lo bañó todo, decidí restarle importancia al suceso y actuar como siempre, con la misma normalidad.

Mas los niños irremediabilmente crecen, y la fantasía del viaje por el cielo cada vez tomaba menos credibilidad; así que cuando un día vino del colegio sin una sonrisa como era lo normal y me dijo tan decidida como su madre que sabía que mamá no seguía de viaje decidí que en una semana le explicaría la verdad.

Esa semana fue la más dura de toda mi vida, tenía que decirle algo y otra “mentira” no serviría. Así, sin darme cuenta, el día de la noticia llegó.

Ella se sentó frente a mí y me lo volvió a preguntar con una voz dulce, como si notase que sus palabras me hacían daño.

-¿Dónde está mamá?

-No está, Susi- reflexioné y me corregí- si está, pero no la podemos ver. Está en un lugar que algunos llaman el cielo, otros paraíso... Un lugar de mil nombres.

-Pero yo quiero ir con ella.

-¡No! Tú tienes que vivir, vivir conmigo. Eso era lo que ella quería que aprendiésemos- tomé aire para recitar la frase que mamá me había inculcado- la vida es un regalo que no podemos despreciar.

-¿Por qué?- preguntó ella indecisa.

-Porque la vida son colores, sensaciones y ganas. Tú eres una artista que debe dibujar suavemente su propia vida, debes dejar esa huella que defina a las personas que conozcas. Y debes crear; crear felicidad, ganas, amistad, amor... Porque eso es vivir y es lo que querría mamá. ¿Sabes? Ella nos mira con lupa, porque quiere ver que sigamos lo que nos enseñó y aprendamos mucho más. Yo no voy a ser la que desobedezca, ¿quieres ser tú?

-No- respondió Susi alegre- quiero aprender de ella.

Supongo que fue en aquel momento cuando lo vi, puede que ella se hubiese ido; pero su huella, esa huella dibujada a la perfección con pincel fino estaba allí. Y donde estaba ella estaría yo.